

El Sucedío ERA una dolencia pareja a la anterior. Yo la descubrí siendo muy pequeño, porque llegó mi padre diciendo que la Rafaela había sucedío y fui con mi madre a llevarle soletillas, que compró en casa de la Gregoria del Chocolate.

El Asiento ERA una enfermedad frecuente o al menos era frecuente que se hablara de ella y todavía, todavía colea; tiene más arraigo que las viruelas, que se fueron de una y nadie las conoce ya.

Yo tuve una vez uno de agua. Mi padre había tenido tercianas y le había sobrado medio frasco de quinina Pelletier, que era de la sabrosa y que sigue dando vueltas por mi casa. El Médico mandó que me dieran de aquello, disuelto en agua. . . . ¡Qué arcadas, madre mía! y cualquiera le decía a mi padre que no, con lo bien que le había ido a él! Pero nada, el asiento seguía, hasta que fué una mujer que no puedo recordar y me dió un sobo suave, lento, persistente, **tocando** la causa, que le iba explicando a mi madre, hasta que consiguió levantar el asiento y. . . aquí estamos.

Embruajamiento El hombre no parecía asequible al mal de ojo, pero lo era en alto grado y de modo casi exclusivo al embruajamiento, que evolucionaba de modo parecido al ojo y con idéntico resultado; es decir, peor, porque contra él no se conocían remedios eficaces.

La gente decía que era un mal tonto. El hombre se hacía indiferente, abúlico y solía decir algunas bobadas, permaneciendo horas y horas en el mismo sitio e igual actitud. Su figura se ajaba y las mujeres decían que estaba como si le hubieran echado aceite frito. Era incomprendible, pero había que pensar en todo. ¿Por qué no le podrían haber dado algo por ahí, algún «bebío» o echado algunos polvos en la comida? . . . ¡Se ven tantas cosas! Las mujeres relacionadas con el enfermo pasaban por la imaginación de todos, examinadas con desconfianza y quién más quién menos pensaba en la bruja causante del derrumbamiento de aquel hombre que antes era como un castillo. Pero qué se iba a hacer, misterios del mundo, y conformidad, porque contra lo imposible no hay nada.

Estimulantes ANTES iban los sastres a coser a las casas y les daban de comer; muchas veces pan y queso o sardinas y la costura adelantaba poco. Ellos decían: «Huevos, picatostes y longaniza, hacen a un sastre de coser deprisa», Pero esos platos no se veían más que los días de era. . . en algunas casas.

El Desbarate ERA un acontecimiento femenino. La mujer «iba para arriba» y de pronto sufría un desbarate. Esto no debía ser muy seguro, porque a veces, después, decían que la cosa seguía adelante otra vez y los chicos nos quedábamos a «oscuras».

Orlin ERA una cosa blanquecina y menudilla que les salía a los niños de teta en el cielo de la boca y que parecía leche cuajada.

Era un nombre bien puesto, porque el paladar quedaba muy adornado—orlado.—

El tratamiento también era muy práctico, aunque contrario a la enfermedad; le untaban miel rosada y el angelito chupaba que era un gusto.

Celestino "Medicina" UNA de las especialidades de «Medicina», —mancebo de la antigua botica de Carneros—era curar las quemaduras. En toda la zona quemada daba una buena unción de trementina y la cubría de pelos de conejo. Al desprenderse la costra quedaba curada.

Era característico de Celestino Sáiz—ya en su tienda de la calle San Andrés—el uso de mitones de bayeta verde y fundas de igual clase para las orejas. Lo hacía para cubrirse el «humor herpético» que padecía.

«Medicina» era gallego, pero le tomó mucha ley al vinillo manchego. Tenía una tartaneja y una mulilla, que cuidaba personalmente y una bota en la cuadra, que empinaba cuando iba a dar agua, cosa que no le olía bien a la Joaquina Pozo algunas noches.